

## 7. FASCISMO

RICK WILFORD

El fascismo fue la quimera de un pueblo cohesionado y reunido [...]; emprendió una guerra implacable contra todo [...]; que hizo frente a la diversidad o pluralismo: el liberalismo, la democracia, el parlamentarismo, el sistema multipartidista.

Z. Sternhell, «Fascist ideology», en W. Laqueur (ed.), *Fascism: Reader's Guide*, Harmondsworth, 1979, p. 368.

### INTRODUCCIÓN

A diferencia de las ideologías que acabamos de estudiar, suele considerarse al fascismo como una doctrina básicamente distintiva del siglo XX. Trevor Roper, entre otros, expresa dicho enfoque como sigue: «empezó en 1922-1923 [...], maduró en los años treinta [...], murió en 1945»<sup>1</sup>. Esta «biografía» acota la doctrina a los regímenes de Hitler y Mussolini y, por tanto, delimita el estudio del fascismo al estudio del fascismo en el poder. Sin embargo, aunque el fascismo floreció en el período de entreguerras, la ideología no se gestó en el siglo XX. El presente capítulo se centra en analizar lo que puede llamarse la prehistoria del fascismo, lo cual hace posible situar la doctrina dentro del contexto de una tradición intelectual europea perfectamente identificable.

Hasta fechas relativamente recientes ha habido un rechazo a un enfoque de esta naturaleza; al fascismo se le ha otorgado poco más que la condición indeseable de ser una desviación patológica. Ahora bien, cada vez es mayor el número de textos que rastrean las aportaciones intelectuales a la doctrina fascista en ideas que afluyeron a lo largo del siglo XIX y cuyas encrucijadas más obvias fueron el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán. La aproximación que aquí adoptamos es coherente con esta nueva ortodoxia, aunque la tarea de desentrañar las fuentes de la ideología fascista es una empresa compleja. No hay un solo texto clásico que sirviera de inspiración a Hitler o a Mussolini; más bien sus opiniones acerca del mundo, y las de los líderes de

---

<sup>1</sup> H. Trevor Roper, «The phenomenon of fascism», en S. Woolf (ed.), *Fascism in Europe*, London, 1981, p. 19.

otros movimientos fascistas europeos, tomaron forma a partir de una amplia variedad de ideas que se sintetizan en totalidades más o menos consistentes.

Los partidos fascistas que surgieron durante el período de entreguerras, primordialmente como doctrina de un nacionalismo agresivo, sufrieron la influencia de diversas historias nacionales, tradiciones, culturas y prejuicios: «detrás de cada nombre se hallan cien formas distintas», como ha señalado un escritor. Aun reconociendo que hubo diferentes variedades de fascismos, lo que aquí se propone es que se puede identificar una idea fascista, definible a escala mundial, centrándonos en su ascendencia y no en las prácticas concretas. La exploración de sus orígenes nos facilitará un marco dentro del cual se pueden comprender las variedades nacionales de la doctrina. Por consiguiente, lo que ofrecemos no es una simple definición, sino, antes bien, un compendio de las principales ideas y tendencias que pueden amoldarse a una ideología fascista perfectamente diferenciada.

## ORÍGENES Y DERIVACIONES

Aun tratándose de una empresa azarosa, la tentación de etiquetar los períodos históricos de acuerdo con el clima o ambiente que en ellos prevalecía es una idea seductora. En el mejor de los casos, sucumbir a dicha tentación no es otra cosa que tomar postura acerca de una aproximación razonable: en el peor, es sustituir la metáfora por la explicación. Dicho esto, pero partiendo del más positivo de dichos motivos, se puede calificar el clima intelectual de Europa hacia finales del siglo XIX como un clima agotado. Al igual que los regímenes de Hitler y Mussolini se precipitaron debido a las crisis económicas y políticas, así también la emergente ideología fascista fue uno de los resultados de la conmoción intelectual que se hizo más visible cuando el siglo XIX tocaba a su fin.

Como ya se indicó en el capítulo 2, el nacimiento del liberalismo iba asociado al optimismo de la Ilustración, cuyos promotores, entre otras cosas, acentuaban la importancia del raciocinio y de la individualidad. Los pensadores de la Ilustración, críticos hacia el orden antiguo, pedían un nuevo sistema político que liberara a las personas de los grilletes del feudalismo. El retrato que hacían de la sociedad era algo semejante a una agregación de personas en posesión de sus derechos naturales que no compartían la visión pesimista del conservadurismo acerca de la naturaleza humana. La creencia liberal de que las personas, interactuando entre sí, originarían una armonía de intereses se oponía frontalmente a la opinión conservadora sobre la existencia de una jerarquía natural. Mientras que los conservadores apoyaban el concepto paternalista de la sociedad y subrayaban la idea del deber y

el acatamiento, los liberales hacían hincapié en los derechos individuales y en el autogobierno.

Ahora bien, dentro de Europa el progreso del liberalismo fue desigual y, en un principio, la oposición contra sus planteamientos fue más bien esporádica. Ahora bien, hacia las décadas de 1880 y 1890 surgió una generación de pensadores cuyas obras constituían un desafío a lo que ellos creían que era el debilitamiento y decadencia del capitalismo liberal. Precisamente en este clima de rebelión contra el liberalismo cabe situar a los precursores más inmediatos del fascismo.

Según ellos, el individualismo racional de la doctrina liberal, su creencia en la diversidad y en la pluralidad habían conducido a la inseguridad, la inestabilidad y la mediocridad. Los arquitectos de esta rebeldía intelectual tomaron como unidad de análisis no al individuo, sino a la comunidad, un elemento más amplio, interconectado y orgánico. La resolución de la crisis que ellos percibían **había** que buscarla no en los aspectos individualistas: la receta comprendía a la totalidad. El precepto liberal fue desplazado por una preferencia por el instinto, la herencia y la raza: las fuerzas irracionales empezaron a ser reconocidas como el motor principal de la conducta humana.

En este sentido, el darwinismo social se acorazó para lanzar su propio desafío. El retrato que presentaba de las personas como **criaturas** irracionales y amorales, aguijoneadas por la lucha instintiva por la supervivencia, en cuya lucha sólo sobrevivían los más dotados, era una tergiversación simplista de la teoría de Darwin sobre la selección natural. La equiparación del hombre con la bestia, que formularon los darwinistas sociales, significa una antítesis fundamental al énfasis que el liberalismo atribuía a la elección racional y deliberada, como determinante de la conducta humana. De modo que, en lugar del individualismo racional, su contrario —la irracionalidad total— empezó a ganar terreno atrayendo el apoyo de los intelectuales. En esta atmósfera de invernadero, difuminada con el darwinismo social, empezó a florecer el mito de la raza.

## RAZA Y ESTADO

Ahora bien, el racismo no fue un fenómeno novedoso que creció en un suelo abonado por la perversión sociobiológica del **darwinismo**. Durante la época que media entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, la idea afloró en Alemania, si bien unida a la **popularización** del concepto representado por el término **Volk**, cuya traducción no es ni mucho menos fácil. En un nivel superficial, **Volk** significa «pueblo», pero en un plano más abstracto connota un sistema de valores absolutos, un ideal metafísico e inmutable de la condición de ser pueblo. Según la interpretación de Mosse: «Lo mismo que los hombres,

individualmente, poseían un alma, así también existía "un alma" del *Volk*, que al igual que el alma humana confena al *Volk* su carácter único e inmutable.» La tarea consistía en recobrar, en liberar a esta alma del *Volk*, cuya naturaleza era «montaraz y dinámica, basada en las emociones más que en una intelectualización rebuscada»<sup>2</sup>.

Uno de los primeros exponentes del concepto *Volk* fue J. Fichte (1762-1814), quien, al igual que su coetáneo J. Herder (1744-1803), percibía a la nación alemana como una totalidad de índole natural y unida por su ascendencia, su lengua y su cultura. A principios del siglo XIX Fichte propaló la creencia de que, a pesar de estar desunidos y humillados militarmente por los franceses, los alemanes triunfarían finalmente debido a su natural superioridad. En sus Discursos a la *nación alemana* (1807-1808) presentaba a los alemanes como pueblo arquetípico, a cargo de una misión especial en beneficio de la humanidad, a saber: la de acaudillar una lucha cultural contra la influencia occidental, especialmente la influencia francesa.

Herder compartió también este consuelo protector que propiciaba el concepto de *volkisch*. Rastreó los orígenes de *Volk* hasta la Edad Media, que él concebía como una sociedad rural muy entretrejida en la que el «espíritu» o «alma» del *Volk* se había manifestado de forma más evidente. De modo que, en los escritos de ambos autores, el *Volk* se representaba como un concepto romántico que venía a subrayar la totalidad de la comunidad nacional. Además, ambos contemplaban al individuo como un ser subordinado a la nación. No ya sólo se presentaba al «espíritu» nacional muy por encima de los intereses individuales, sino que se proclamaba que el «espíritu» germánico era superior al de otros pueblos; según Fichte, sólo los alemanes eran capaces de un pensamiento profundo.

G. W. F. Hegel (1770-1831) compartía esta supremacía sobre la naturaleza orgánica del Estado: ahora bien, a diferencia de Fichte, Hegel no equiparaba al Estado con la concepción de un *Volk* «natural» y muy próximo a la idea racial, sino que se aplicó singularmente a la cuestión de la unificación alemana. La teoría de Hegel acerca del Estado, y la relación de los individuos con el mismo, ha llevado frecuentemente a la afirmación de que fue el padre intelectual e inequívoco del Estado fascista. Sin embargo, no puede calificarse a Hegel de protofascista; antes bien, lo mismo que la teona de la selección natural de Darwin fue posteriormente desvirtuada por los precursores del fascismo, también lo fue la teoría del Estado que Hegel propuso.

En su obra *La Constitución alemana* (1803), Hegel expuso la opinión de que Alemania ya no era un Estado; muy al contrario, Alemania y el «espíritu» alemán estaban hendididos por los provincialismos

mezquinos de un Estado desintegrado. Ni el sentimiento colectivo, ni la voluntad común, ni los fundamentos del Estado, así lo aseguraba, tenían posibilidad de cristalizar debido a la rivalidad existente entre aquel batibumlo de principados y reinos que comprendía Alemania. Pero fue en su *Filosofía del Derecho* (1821) donde Hegel elaboró su teoría. Al percibir la historia como un proceso, cuya dinámica era el conflicto —la dialéctica— de las ideas, consideró que el Estado era la idea última: la realización del «espíritu», o la razón, en la historia. Desde el principio al fin de la obra, Hegel insistió en que no se estaba refiriendo a un Estado concreto, sino a la «idea» del Estado, cuyo fundamento «es el poder de la razón que se hace realidad en la voluntad». Si bien el Estado, conceptualizado de esta forma, se presentaba como un organismo integrado, como una totalidad mayor que la suma de sus partes, la base del mismo era la libertad de la razón. Sólo en el seno de un Estado de esta naturaleza, aseguraba, el individuo podría tener garantizadas la libertad y su propia realización: pues el Estado armonizaba la individualidad y la colectividad, lo particular y lo universal, tomando como base la razón.

El Estado de Hegel no tenía que ser absolutista ni basarse en la fuerza arbitraria, sino que habría de ser garante de los derechos legales que los liberales proclamaban: el derecho a la propiedad privada, a la libertad de expresión, etc. Para Hegel, el Estado preservaba la pluralidad y la diversidad, en vez de destruirlas. Su intención no era tanto la de subordinar el individuo al todo, cuanto la de ilustrar el método de que se valía el Estado para ofrecer a sus miembros un punto central común: un conjunto de instituciones y valores compartidos al que todos podrían asociarse libremente. Hegel creía que las personas, a través de su condición de miembros del Estado, podrían superar sus preocupaciones e intereses particulares e identificarse con el bien común.

Ahora bien, Mussolini y su ideólogo Gentile se apoderaron del estatismo de Hegel y, distorsionándolo, lo aplicaron a la construcción de su teoría fascista: «Todo para el Estado, nada fuera del Estado.» Mientras que Hegel reconocía que la relación entre la sociedad civil y el Estado habría de ser de dependencia mutua, en la práctica del fascismo italiano, Estado y sociedad se fusionaron. Pero fue la percepción que Hegel tenía del Estado como un fin en sí mismo la que sedujo a los simplificadores del fascismo italiano. Perseguían éstos la idea de un Estado fuerte como base para un renovado Imperio romano, lo cual requena un barniz de respetabilidad intelectual que, según ellos querían dar a entender, se identificaba con Hegel. Por el contrario, el nacionalsocialismo alemán ni siquiera tuvo necesidad de desvirtuar a Hegel. A diferencia de Mussolini, Hitler contemplaba el Estado no como un fin, sino como un medio para garantizar los intereses del *Volk*. Fue Fichte quien sentó las bases de la ideología *volkisch*, que se convirtió en el principio que organizaría el nazismo.

G. Mosse, *Geimans and Jews*, London, 1971, p. 19.

La idea de una cultura alemana superior, investida con la misión de superar las influencias de Occidente, aunada a la ascendiente creencia de la supremacía del Estado, se había desarrollado a lo largo del siglo xrx. En Alemania. F. L. Jahn (1778-1852), entre otros, avanzó la idea de una comunidad orgánica, natural, y exaltó la superioridad de una tradición política alemana, autoritaria y antiliberal. En *Nacionalidad alemana* (1810) definió la pureza racial como base de la nacionalidad, y ratificó el carácter único y la superioridad de todos los pueblos germánicos. Su objetivo era la «democracia del gran pueblo alemán»), que comprendería Austria, Holanda, Suiza y Dinamarca, donde se erradicaría todo vestigio de influencia extranjera. El sentimiento nacional y la nacionalidad se situaban por encima de los derechos individuales y de la fraternidad universal. Se trataba, en efecto, de una receta para luchar contra el «Oeste», esto es, contra el liberalismo. Era una guía para la acción que cada vez se fue haciendo más patente en la Europa de fin de siglo a medida que los intelectuales, procedentes de distintos ámbitos, trataban de encontrar una «tercera vía» entre los valores de la Ilustración y el socialismo internacional que por entonces surgía.

Hacia mediados del siglo xix el concepto de la superioridad racial se había instalado en el pensamiento europeo mayoritariamente a través de las obras de los pensadores alemanes, a quienes animaba la tarea de la unificación nacional. Sin embargo, las aportaciones al desarrollo del nexo entre raza y nación no fueron exclusivamente alemanas. Una de las primeras manifestaciones de la «teoría» racial nos la brinda un diplomático francés, el conde Arthur Gobineau (1816-1882). En su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853-1855) proclamaba la superioridad de las razas blancas sobre las negras y semitas, y la prioridad de la raza sobre el individuo y la nación. Pretendía, asimismo, identificar distintos grados de pureza étnica entre las razas blancas: aquellos que poseían un mayor grado de pureza conllevaban el potencial necesario para hacer avanzar la civilización, mientras que quienes carecían de tan ricas dotes transmitían la decadencia étnica y, por tanto, amenazaban a la civilización. En la primera categoría situaba a los teutones, y a la última pertenecían los celtas y los eslavos.

De hecho, todas estas ideas pueden ubicarse dentro de la tradición antisemita que precedió con mucho a la elaboración de las justificaciones pseudocientíficas en favor de los prejuicios raciales. Los estereotipos prerraciales contra los judíos constituyeron un lugar común a lo largo de buena parte de la historia de Europa y, desde finales del siglo xviii y la primera mitad del xix, tomaron la forma de antagonismo religioso frente al judaísmo. Dicho prejuicio cultural contra los judíos, que la literatura difundió profusamente, habría de proporcionar una argumentación, de carácter espurio, el antisemitismo, con anterioridad a

las teorías racistas de Gobineau y de los socialdarwinistas (ver más adelante). En un principio se sostuvo que el «problema del judaísmo» podría resolverse reeducando a los judíos para que abandonaran una religión que les mantenía apartados de las culturas religiosas dominantes en las sociedades que eran sus «anfitrionas»; y que, ocupándose en un «trabajo honrado», adquirirían nuevas raíces y merecerían ser asimilados dentro de los países de adopción. Sin embargo, a medida que el nacionalismo *volkish*, esencialmente irracional, comenzó a suplantarse los preceptos de la Ilustración, también se empezó a mirar a los judíos como a gente no asimilable que constituía una amenaza racial para la nación germánica.

Este giro del antisemitismo cultural al antisemitismo biológico se vio fomentado por el *darwinismo* social, cuyos adeptos no se *circunscribían* solamente a Alemania. Como ya hemos señalado *anteriormente*, los socialdarwinistas fundamentaban sus ideas en una adulteración de las teorías de Charles Darwin (1809-1882) acerca de la evolución y la selección natural. Entre ellos se contaban algunos ingleses —Huston Chamberlain (1855-1927) y Karl Pearson (1857-1936) fueron dos de ellos—, cuya errónea equiparación del hombre con la bestia les llevó a afirmar que los mejor dotados eran aquéllos de raza más pura. Chamberlain, que posteriormente habría de ser citado por el régimen nazi como profeta del nacionalsocialismo, desarrolló la idea de la «nación del pueblo ario», que, según él creía, estaba «destinado» a triunfar debido a su superioridad genética<sup>3</sup>.

Los socialdarwinistas rechazaban el liberalismo, el igualitarismo y el internacionalismo, en la creencia de que contradecían el «orden natural de las cosas». Además, se declaraban partidarios de la guerra porque evidenciaba la vitalidad de la raza, dando por sentado la pureza racial como garante de la supremacía. Por el contrario, menospreciaban el pacifismo y el mestizaje (la mezcla de «razas» mediante el maridaje entre ellas), por ser, según la frase de Chamberlain, «*perversiones antinaturales*».

Hacia finales del siglo xix la deformación de nación y raza, junto con una concepción del individuo que le subordinaba al Estado, habían enraizado sólidamente entre los intelectuales europeos.

## IMPERIALISMO NACIONAL

Durante buena parte del siglo xix, el nacionalismo, a través de su asociación con la Revolución francesa, fue un agente de liberación y emancipación. Sin embargo, bajo el impacto de la noción del Estado

<sup>3</sup> Véase P. Hayes, *Fascism*, London, 1973, pp. 23 ss.

preconcebida racialmente, comenzó a aflorar un nuevo nacionalismo europeo: un nacionalismo que se nutría del convencimiento de que la unificación de Alemania e Italia era producto de una mezcla embriagadora de «sangre y fuego». El apoyo cada vez mayor al Estado racial que comprendía tanto a las personas como a las fronteras existentes, junto con los preceptos socialdarwinistas exhortando a la lucha, se fusionaron al objeto de proporcionar un fundamento racional para el imperialismo. Dicha fusión se expresó por medio del concepto de *macht-politik*, «la fuerza es el derecho».

El general alemán F. von Bernhardi (1843-1930) definía expresamente el nuevo credo como sigue: «la fuerza da derecho a ocupar y conquistar. Es, a la vez, el supremo derecho, y la controversia sobre lo que es correcto se dirime mediante el arbitraje de la guerra. La guerra ofrece una decisión biológicamente justa, ya que sus resoluciones se basan en la auténtica naturaleza de las cosas»<sup>4</sup>. Concebida de este modo, la *macht-politik* equipara el poder con la moralidad y eleva el interés nacional por encima del mandato de la ley y de la idea de los derechos universales del hombre. Su interacción con el nacionalismo y el racismo está ejemplificada en las obras de Pearson y Chamberlain. Pearson consideraba como un mandato moral el empleo de la guerra en pro del interés nacional: «si las guerras cesan, no habrá nada que controle la fertilidad de los razas inferiores». Chamberlain compartió esta creencia. Al interpretar toda la historia de Occidente desde el punto de vista de la lucha racial, y apoyar la idea de que sólo los arios eran capaces de originar una cultura creativa, afirmaba que «el poder de la fuerza es el destino de las razas escogidas [...] es su deber conquistar y destruir lo que es impuro e inferior»<sup>5</sup>.

Esta defensa de la guerra como deber moral, juntamente con la glorificación de un Estado de carácter racial y el sometimiento del individuo, eran como hebras que empezaban a configurar un tejido perceptible y diferenciado hacia finales del siglo XIX. La grandeza nacional se impregnó de un valor espiritual que, junto al sentimiento de misión, preceptuaba el imperialismo.

## ELITISMO Y LIDERAZGO

La importancia creciente que se concedía a la raza y a la idea de la misión universal implicaba la necesidad del liderazgo de la nación: una figura que encarnara las virtudes de la raza. El socialdarwinismo asumió la función de formular la necesidad del liderazgo por parte de

<sup>4</sup> F. von Bernhardi, *Germany and the Next War*, London, 1914, p. 18.

<sup>5</sup> K. Pearson, *National Life from the Standpoint of Science*, London, 1905, p. 27.

<sup>6</sup> Citado en Hayes, p. 115.

la elite. No sólo daba por sentado la jerarquía natural entre las razas, sino que además ratificaba la existencia de una superioridad natural en el seno de los grupos raciales.

Un exponente señero del elitismo fue F. Nietzsche (1844-1900), quien afirmaba lo irracional, la «voluntad de poder», como la fuerza impulsora de la personalidad. Nietzsche contemplaba la vida como una lucha perpetua, cuyo mérito no estaba en el logro, sino en la lucha misma: «La propia vida es apropiación, usurpación, dominación del extranjero y del más débil, opresión, rigor, imposición de la forma de ser de uno mismo, asimilación y, cuando menos en su expresión más benigna, explotación»<sup>7</sup>. Este credo viril exigía una elite que representara la severidad y la fortaleza para conducir a los «seres inferiores», cuyos instintos eran el sometimiento y la adhesión a sus líderes.

Su descripción del líder era la del heroico Superman, la «magnífica bestia rubia» que derrotaría al débil, al decadente y al mediocre. De este modo la igualdad se veía suplantada por la superioridad natural. Fue ésta una idea que resultó ser muy atractiva: en la Italia fascista tomó la forma del culto al Duce; en la Alemania nazi se institucionalizó en el *Führerprinzip*.

Sin embargo, y aun siendo un apóstol de la irracionalidad, Nietzsche era básicamente un individualista radical, no un profeta de la sociedad orgánica. Además, evitaba la idea del nacionalismo y consideraba el mestizaje como el origen de grandes culturas. Con todo, la fuerza de su retórica en lo referente a las «bestias rubias», instilada con la «voluntad de poder», fue fácilmente desvirtuada por los aspirantes a Supermanes de la Alemania nazi y la Italia fascista, y, como en el caso de Hegel y Darwin, la tentativa de apropiarse de la filosofía heroica de Nietzsche fue testimonio del carácter de piratería y de la naturaleza selectiva y simplificadora de la doctrina fascista.

La defensa del elitismo la compartieron algunos contemporáneos de Nietzsche. En Italia, por ejemplo, V. Pareto (1848-1923) —*Sistemas socialistas* (1902) y *Tratado de sociología general* (1935)— comparaba la estructura social con una pirámide en cuya cúspide se situaba la elite rectora apoyada por la masa aquiescente que estaba a sus pies. En su opinión, la sociedad estaba formada por una minoría de individuos superdotados, aptos para dirigir a la masa mediocre destinada a seguirlos. Se trataba de un modelo de sociedad que llevaba el marchamo del socialdarwinismo: la creencia en el proceso de la selección natural a través del cual la historia se configura no mediante la lucha de las masas contra la aristocracia, sino por el conflicto entre elites rivales. R. Michels (1876-1936) —*Partidos políticos* (1919)— argumentaba, como Pareto, sobre la necesidad de un grupo social do-

<sup>7</sup> Hayes, *ibid.*, p. 34.

minante para el bienestar de la vida social y política. Ambos despreciaban y temían la participación y el control populares y concordaban sobre la incapacidad del pueblo para gobernarse a sí mismo. Más aún, presentaban sus ideas no como una teoría, sino como la ley natural, y, por consiguiente, reclamaban rango científico para su pensamiento profundamente antiliberal y antidemocrático.

Este desdén por las masas también lo compartió el pensador francés G. Le Bon (1841-1931). Su *Psicología de masas* (1865), que posteriormente Mussolini citaría una y otra vez con aprobación, era una justificación tanto del elitismo como del autoritarismo. En Alemania, la obra de J. Langbehn (1851-1907) *Rembrandt como educador* (1890) se hacía eco del desprecio de Le Bon hacia la democracia de masas. Asimismo Langbehn identificaba la raza como el factor determinante de la historia: para él, el «poder de la sangre» era supremo y trascendía a la nación. La elite que Langbehn prefería era la de la aristocracia autoritaria, que, en su opinión, movilizaba a las masas en una contienda popular para aplastar a la burguesía, los filisteos y los judíos asimilados, todos los cuales, decía, eran responsables del nacimiento del liberalismo, la democracia y el socialismo.

Nietzsche, Parro, Michels, Le Bon y Langbehn, todos ellos fomentaron lo que se ha descrito como el «credo pernicioso» de la lucha permanente, el elitismo y la sinrazón. Contribuyeron de manera decisiva al clima de irracionalidad que caracterizó a la revuelta intelectual de finales del siglo XIX. El culto al elitismo, el énfasis en el poder, la contienda y el autoritarismo, el realce del sentimiento y el insinto, todo ello se opuso al individualismo racional del mundo liberal.

En el desarrollo de las sociedades de masas cada vez se impugnaba con mayor ímpetu el individualismo liberal del pasado siglo XIX, oponiéndolo a la descripción del hombre como parte integral de un todo orgánico, a quien sólo se valoraba en la medida en que servía al todo. Además, el socialdarwinismo se fundamentaba en una crítica de desafío a la Ilustración y a los preceptos democráticos y daba por hecho la desigualdad endémica en el seno de la sociedad. Los partidarios de estas opiniones consideraban al pueblo como una masa instintiva e irracional que había que movilizar mediante apelaciones al sentimiento y a la emoción: destinada a seguir a aquellos que Nietzsche había descrito como los «especímenes supremos».

## SOCIALISMO NACIONALISTA

Hacia el último cuarto del siglo XIX la amenaza intelectual al liberalismo era fácilmente apreciable. Asimismo, el llamamiento de los profetas de la irracionalidad se veía reforzada por la explicación que daban sobre el empeoramiento de las condiciones materiales que

experimentaba Europa durante este período. Bajo el apremio de la seria depresión económica empezó a debilitarse en Europa el atractivo del *laissez-faire* y del libre comercio y a resquebrajarse el nexo entre liberalismo y progreso. Más aún, la victoria de Prusia, el dominio del Piamonte en Italia y la derrota de Francia en 1870, parecían reforzar la fe en la supremacía del más fuerte que plantearon los socialdarwinistas. La conjunción de todos estos sucesos económicos y políticos hicieron valer sus argumentos para enfrentarse a la hegemonía liberal. Las artífices de la rebeldía contra los valores de la Ilustración, escudados en sus preceptos irracionales en pro de la redención nacional, tenían que hacer frente no sólo al liberalismo, sino también al creciente socialismo. Bajo tales circunstancias, el carácter del nacionalismo experimentó un profundo impacto.

El socialismo amenazaba con dividir a las naciones debido a su interés clasista, eso sin contar con que promovía la solidaridad internacional de las clases; todo lo cual amenazaba al concepto del liderazgo del Estado por parte de las elites, cuya virilidad y pujanza había de contrastarse mediante la guerra y la conquista que perseguía la *macht-politik*. De modo que era preciso encontrar una «tercera vía» entre el capitalismo liberal, que, según se alegaba, había fracasado, y el socialismo, que propiciaba el conflicto interno al objeto de acabar con el orden existente. La receta de los neonacionalistas era la solidaridad nacional y la autarquía económica (autosuficiencia).

En Alemania ya era bien conocida la idea de que todos los recursos nacionales deberían dirigirse hacia el objetivo de la nación. A principios del siglo XIX algunos pensadores alemanes habían adelantado la opinión de que Alemania sólo se integraría totalmente cuando toda la propiedad fuera compartida en común. Por ejemplo, Fichte había prescrito una economía planificada, con escasas importaciones y una reducción del comercio exterior. Para resumir, esgrimía la noción de que era necesaria la regulación estricta de la actividad económica y política a fin de imprimir coherencia al Estado. Se trataba de una acción política que entraba en oposición directa con los partidarios del liberalismo económico que formulara Adam Smith. Asimismo, Fichte defendía la expansión del Estado alemán hasta sus «fronteras naturales», al igual que lo hizo otro apóstol de la autarquía y la expansión alemanas, Friedrich List (1789-1846) —*Sistema nacional de economía política* (1904)—. Se trataba de un plan dirigido a la expansión imperial, que implicaba la regulación del capital y el trabajo en interés del poder del Estado, es decir, una economía planificada y fundamentada en una Alemania que anexionara los Estados limítrofes y el imperio colonial.

A lo largo del siglo XIX la autosuficiencia económica alemana se contempló progresivamente como una ampliación del poder del Estado. El objetivo era una comunidad nacional autárquica, lo cual, a su

vez, significaba la expansión imperial. En una atmósfera teñida con los preceptos de los socialdarwinistas, que abogaban a favor de una lucha en el exterior, se ridiculizaba el internacionalismo, una faceta clave del socialismo, como sinónimo de cobardía. En el interior, la búsqueda de la autarquía implicaba no exactamente los derechos de igualdad, libertad y fraternidad, sino los deberes de lealtad, servicio y obediencia. De suerte que la economía político-liberal fue rechazada por los neonacionalistas, tanto por las limitaciones que imponía al control por parte del Estado, cuanto por su defensa del libre comercio, mientras que se oponían a la lucha de clases propuesta por el socialismo porque debilitaba a la nación, y amenazaba con el igualitarismo y la internacionalización.

En Gran Bretaña la defensa de la autarquía corrió a cargo de Joseph Chamberlain<sup>8</sup> (1836-1914), con su campaña sobre la reforma arancelaria. Sus acciones políticas — protección del mercado nacional frente a las importaciones extranjeras, mucho más baratas; un mercado colonial acotado para las mercancías británicas; preferencia imperial para los productos alimentarios procedentes de las colonias — las compartían algunos fabianos, que, al acabar el siglo, trataban de constituir un nuevo Partido Social Imperial como alternativa tanto al conflicto de clases como a la búsqueda del propio interés personal. Por ejemplo, en el año 1900, G. R. Shaw (1856-1950) indicaba su preferencia por la «tercera vía» en *El fabianismo y el Imperio* (1900) como «la organización social y eficaz del Imperio, al liberarlo de la lucha de clases y del interés privado».

Lo que Shaw y los imperialistas como Chamberlain tenían en común, como señala Skidelsky, era la «creencia en una comunidad nacional como valor defendible contra el internacionalismo del libre comercio, por una parte, y el internacionalismo de las clases trabajadoras, por otra»<sup>9</sup>. Si bien esta variante británica de la autarquía no consiguió echar raíces durante el período anterior a la Primera Guerra Mundial, los socialimperialistas contribuyeron a elaborar los fundamentos intelectuales de la Unión de Fascistas Británicos, liderados por Mosley, algo que lograron al acentuar el «concepto de la eficacia [...], la conciencia de vivir en una era nueva [...], para la cual había de construirse un nuevo saber político [...], así como la creencia en la ineficacia de la democracia parlamentaria. El cambio habría de venir de la mano de una elite de tecnócratas esforzados»<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Sobre J. Chamberlain, la reforma arancelaria y el imperialismo social, véanse R. Semmel, *Imperialism and Social Reform*, London, 1960, y R. Jay, *Joseph Chamberlain. A Political Study*, Oxford, 1981.

<sup>9</sup> R. Skidelsky, *Oswald Mosley*, London, 1975, p. 57.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 58.

Ahora bien, la autarquía agresiva floreció en la Alemania nazi y en la Italia fascista, y en ambas estuvo íntimamente relacionada con el concepto de Estado corporativista.

El corporativismo procede de una visión orgánica de la sociedad, que asevera que el complejo abanico de las instituciones sociales — familia, comercio, región y, sobre todas las cosas, la nación — existe con anterioridad al individuo. En este sentido, sus exposiciones reivindican que el crecimiento, desarrollo y seguridad de dicho individuo están determinados por el bienestar de las instituciones, de forma que el interés de estas últimas prevalece sobre el interés individual. Desde este punto de vista, la salud de la sociedad, interpretada como un organismo vivo, interrelacionado, es capital, y se requiere a todas las partes constitutivas de la totalidad que trabajen para conseguir el logro de tan alto objetivo.

No fue nada accidental que Mussolini eligiera una metáfora orgánica para caracterizar al Estado corporativista italiano: «Una sociedad que funciona con la armonía y precisión del cuerpo humano. Todos los intereses y todos los individuos se subordinan al objetivo supremo de la nación». Aquí, de hecho, se halla la muy alabada «tercera vía» que habría de trascender al liberalismo y al socialismo. «El liberalismo — escribía Mussolini — niega al Estado en interés del individuo; el fascismo reafirma al Estado como la auténtica realidad del individuo.» En cuanto a su rival, el socialismo, declaraba: «El fascismo se opone al socialismo que limita el devenir de la historia a la lucha de clases e ignora la unidad clasista que se establece como una realidad moral y económica en el Estado [...]»<sup>11</sup>.

Los defensores del corporativismo trataron de superar lo que ellos consideraban el carácter divisorio que lleva implícito el liberalismo y la ruptura con que amenaza la insistencia en la lucha de clases por parte del socialismo revolucionario.

Vivamente consciente de la capacidad de movilización que tenía el incentivo nacionalista y persuadido de la necesidad de que existiera el conflicto, Mussolini intentó hacer una síntesis de nacionalismo y socialismo. Aspiraba a transformar Italia para que pasara de ser una sociedad formalmente unida, pero, de hecho, mal integrada, hasta convertirse en un todo orgánico. La trayectoria discurría por el corporativismo con su invocación a la colaboración de las clases. Exhortó a los italianos a que se embarcaran en un empeño total por redimir a su país de su situación de pariente pobre e internacionalmente ridícula. El conflicto entre las estructuras clasistas dentro de Italia había que trans-

<sup>11</sup> Citado en M. Walker, *The National Front*, London, 1977, p. 17.

<sup>12</sup> Citado en A. Lyttleton (ed.), *Roots of the Right: Italian Fascism from Pareto to Gentile*, London, 1973, p. 42.

ferirlo del plano interior al plano exterior: la lucha sería entre el proletariado y las naciones opulentas y plutocráticas.

Al exponer su fórmula corporativista, Mussolini se apropiaba, desvirtuándolas, de las ideas sindicalistas<sup>13</sup>, que habían nacido en Francia en los años 1890. El sindicalismo era un movimiento socialista revolucionario que creía que la forma que debía adoptar la lucha de clases consistía en la acción directa en el propio lugar de trabajo —huelgas y sabotajes, por ejemplo— y no en el determinismo histórico: su culminación era la huelga general. El sindicalismo aspiraba a fundar una cadena interrelacionada de uniones autogobernadas (sindicatos) como núcleos de producción y distribución dentro de la sociedad posrevolucionaria. La representación y la autoridad se basarían en las categorías laborales y económicas, no en las zonas geográficas. Mussolini, que anteriormente fue líder socialista en Italia, estrechamente identificado con el movimiento sindicalista, instauró un sistema de corporaciones en la Italia fascista, configuradas de acuerdo con dicha idea. Pero, mientras que los sindicatos habían de componerse únicamente de trabajadores, las corporaciones de Mussolini comprendían a representantes del capitalismo y del trabajo. Asimismo, si bien los conjuntos de representantes eran en teoría iguales, de hecho los portavoces de los intereses capitalistas tenían las manos relativamente libres, mientras que los de los obreros eran sólo marionetas del régimen, ya que las voces autorizadas de las clases trabajadoras estaban mudas - en prisión, exiliadas o peor aún—.

Además, mientras que los sindicatos eran profundamente antiestatistas, Mussolini elevó el Estado a una posición de dominio total, casi etéreo:

La piedra maestra de la doctrina fascista es la concepción del Estado, de su esencia, de sus funciones, de sus fines. Para el fascismo, el Estado es un todo absoluto, ante el cual los individuos y los grupos son relativos. Los individuos y los grupos se «conciben» sólo en la medida en que estén dentro del Estado [...] Cuando se dice fascismo, se está diciendo Estado<sup>14</sup>.

Interpretada de este modo, la modalidad italiana de la doctrina hacía hincapié en el deber, el sacrificio y la obediencia al servicio del Estado. En esencia, su aspiración nacionalsocialista era groseramente simple: puesto que la nación es la sociedad, a la cual todo pertenece, todas las clases deben servir al interés nacional.

La meta de la autarquía llevó también a la imposición del corporativismo en la Alemania nazi, donde, al igual que en Italia, la reivindicación

<sup>13</sup> Sobre Mussolini y el sindicalismo, véase D. D. Roberts, *The Syndicalist Tradition and Italian Fascism*, Manchester, 1979, y A. J. Gregor, *Italian Fascism and Developmental Dictatorship*, New Jersey, 1979.

<sup>14</sup> Lyttleton, pp. 57-55

ción de las credenciales socialistas carecía de fundamento. Preceptos tales como la propiedad común de los medios de producción o la abolición de la esclavitud del salario no tenían cabida en la visión **hitleriana** del mundo. En *Mi lucha* (1925-1926), Hitler describía los aspectos socialistas del nazismo como «la nacionalización de las masas» o «restituir a las masas a su nación» y «arrancar a los obreros alemanes del engaño internacional». Desde esta perspectiva, ser «social» era gozar de una conciencia de «sentimiento» y «destino» en la comunidad nacional.

Hitler, como Mussolini, apoyaba la concepción orgánica de la sociedad. Se valoraría a las personas sólo en la medida en que sirvieran al todo: «Si consideramos la pregunta de cuáles son las fuerzas que en realidad forman el Estado, o incluso lo preservan, podemos reunir las bajo un solo título: la capacidad y la voluntad del individuo para sacrificarse en pro de la totalidad»<sup>15</sup>.

El corporativismo era un producto de las ideas de los neonacionalsocialistas de finales del siglo XIX, que perseguían integrar a las clases trabajadoras dentro de un todo orgánico. A pesar de sus pretensiones socialistas, el corporativismo, en su ideación y en la práctica, era una forma de capitalismo estatal de la producción económica. Las personas se concebían como prescindibles: como medios que había que movilizar para conseguir una comunidad nacional regenerada. Oswald Mosley, líder del fascismo británico de entreguerras, captó la grotesca simplicidad de la faceta nacional socialista de la doctrina: «Si amas a tu país, eres nacionalista; si amas a tu pueblo, eres socialista.»

## RESUMEN Y ANÁLISIS PROVISIONALES

A finales del siglo XIX todos los diversos elementos de la doctrina que podía identificarse como fascista circulaban por Europa: estatismo, nacionalsocialismo, imperialismo, racismo y elitismo. El énfasis que se adjudicaría a cada uno de estos elementos variaba de acuerdo con las distintas tradiciones de los países que adoptaron el fascismo, les impusieron el fascismo o aspiraban a afianzar un régimen fascista. Los temas que comprendía la ideología no se reducían en ningún sitio a un solo ingrediente.

En el caso italiano, Mussolini puso el acento en el estatismo. El corporativismo facilitó los medios para infundir la voluntad y los recursos tendentes a embarcarse en la regeneración del Estado fascista. Al describir al Estado como un organismo vivo, propiciaba la argumentación racional para justificar el imperio; al igual que los órganos

<sup>15</sup> A. Hitler, *Mein Kampf*, trad. Ralf Manheim, London, 1969, p. 140. [Ed. esp., *Mi lucha*, 4.ª ed., Huguin, Barcelona, 1983.]



de los seres sanos se desarrollan y crecen, así también le ocurre al Estado. Para Mussolini, guerra y conquista eran síntomas de un Estado saludable: «Para el fascismo la marcha hacia el imperio [...] es una manifestación de la vitalidad del Estado; lo contrario, permanecer en casa, es un signo de decadencia [...]. Unicamente la guerra pone un sello de nobleza en los pueblos»<sup>16</sup>. De suerte que, en Italia, el fin que perseguía el fascismo era el bienestar del Estado, legalizado por la reanudación del Imperio.

En el caso nazi, la meta era la supremacía racial. Hitler era un nacionalista racial obsesionado por la creencia monomaniática en la fuerza de la sangre. Para él la historia no era el registro del conflicto de clases ni la competencia entre pluralidades rivales, sino el nacimiento, el conflicto y la caída de grupos raciales determinados biológicamente. La humanidad, insiste, comprendía tres grandes grupos raciales: los que crean la cultura, los que la transmiten y los que la destruyen. La «estirpe» aria del *Volk* representaba al primer grupo; los judíos, al último. Hitler buscaba restablecer la pretendida supremacía de los arios mediante la regeneración y purificación de la sangre, lo cual exigiría eliminar «la amenaza judaica».

Hitler «explicaba» el colapso alemán al final de la Primera Guerra Mundial como resultado de la progresiva degeneración de la sangre alemana, que había originado el desgaste de su determinación y firmeza de carácter. Los judíos, mediante la continuada difusión de doctrinas que deterioraban el nacionalismo y proclamaban el individualismo, el igualitarismo y el internacionalismo, habían orquestado la extendida aceptación del mestizaje. De modo que, mientras se diluía la pureza racial de los grupos nacionales, «la raza judía [...], al conservar pura la raza de Judea», se estaba preparando para conseguir el dominio del mundo. Impedir que continuaran la degeneración y subsiguiente imposición judaica significaba la renovación de la sangre aria: «cuidar de que la sangre se preserve pura y, protegiendo a lo mejor de la humanidad [los arios], crear la posibilidad de un desarrollo más noble de los seres humanos». Significaba asimismo la supresión total de los que amenazaban con su «impureza»: «Con los judíos no se pueden hacer pactos; sólo cabe el rigor: o, si no, nada.»

«Vampiro», «virus», «parásito», «bacilo», tales eran los improperios preferidos que Hitler empleaba para calificar la «amenaza judaica» al «organismo nacional». Si no se les suprimía, «cualquier otra tentativa para el despertar y la resurrección de los alemanes era y seguiría siendo totalmente insensata e imposible». Al perseguir la meta de preservar y desarrollar «una comunidad de seres físicos y psíquicamente homogéneos», a Hitler le obsesionaba la creencia de estar ac-

tuando de acuerdo con el «principio aristocrático de la Naturaleza», según el cual los mejor dotados, los más fuertes, los más poderosos prevalecen siempre. En *Mi lucha* declaraba:

De modo que la filosofía *völkisch* de la vida corresponde a la más recóndita voluntad de la Naturaleza, puesto que restablece el libre juego de las fuerzas que deben conducir a una procreación superior, recíproca e ininterrumpida hasta que, al fin, lo mejor de la humanidad, habiendo logrado la posesión de su tierra, tenga el camino libre para actuar en temtonos que parcialmente están sobre ella, y parcialmente fuera de ella.

Aquí se halla la interpretación más literal y, consecuentemente, más sanguinaria del socialdarwinismo. Además Hitler investía la tarea de la regeneración con un manto de misión divina: «Defendiéndome yo mismo contra el judío, estoy luchando por la obra del Señor.»

El orden fijo, decretado entre las «razas» con la «lógica férrea de la Naturaleza\*», también podía aplicarse dentro de una «raza», y en ello reside la racionalización en pro de la dictadura (*Mi lucha*):

Una filosofía de la vida que entrañe el rechazo de la idea democrática y conceda esta tierra al mejor pueblo [...] debe obedecer, lógicamente, a idéntico principio aristocrático en el seno de dicho pueblo, y asegurarse de que el líder y la influencia suprema para este pueblo recaigan en las mentes más dotadas. De esta forma, no se construye sobre la ley de la monarquía, sino sobre la idea de la personalidad [...]. La filosofía *völkisch* [...] no sólo identifica el valor de la raza, sino la importancia de la personalidad, que, por consiguiente, constituye uno de los pilares de su edificio.

Sobre esta base argumentativa, plagada de grietas, Hitler construyó el Führerprinzip: «la responsabilidad absoluta incondicionalmente combinada a la autoridad absoluta [...] de que un solo hombre puede detentar la autoridad y el derecho a mandar». Los partidos políticos se inclinaban al compromiso, mientras que «el principio parlamentario de la mayoría pecaba en contra del principio aristocrático y fundamental de la Naturaleza: la autoridad del individuo».

La reinstauración del orden «natural» justificaba asimismo el imperialismo a fin de asegurar un espacio vital (*Lebensraum*) para los «superiores racialmente». «La Naturaleza -declaraba Hitler— no conoce de fronteras políticas [...], el suelo está ahí para el pueblo que tenga la fuerza de tomarlo.» Así pues, mientras que Mussolini racionalizaba el imperialismo como prueba de la vitalidad del Estado, en el caso de Hitler constituía la medida de la superioridad racial.

De hecho, los dos dictadores apoyaban dos teorías opuestas acerca del Estado. Mussolini consideraba al Estado como un fin en sí mismo: por el contrario, Hitler (en *Mi lucha*) lo describía simplemente como un medio para asegurar el fin de la supremacía racial:

el Estado debe considerar que su función más alta es la preservación y el reforzamiento de la raza [...], la preservación de los factores raciales originales que confieren cultura y crean la belleza y la dignidad de una humanidad su-

<sup>16</sup> Lyttleton, pp. 53 y 56.

perior. Nosotros, como arios, sólo podemos concebir el Estado como un organismo vivo de la nacionalidad [...]. Hemos de distinguir de la forma más precisa posible entre el Estado como recipiente y la raza como su contenido.

Debido a su agobiante y fatal énfasis sobre el racismo biológico, muchos estudiosos rechazan la idea de equiparar el nazismo con el fascismo, o incluso de verlo como una variante exagerada de la ideología fascista. No obstante, si se enfoca el fascismo como una doctrina fluida y no como una doctrina sólida, se pueden destilar las variantes nacionales a partir de la redoma común de las tendencias que aquí se han identificado. De hecho, se puede argumentar que es mucho más sencillo descubrir lo que tienen de común las diversas formas de fascismo, indicando los valores contra los cuales se han manifestado los exponentes del mismo, a saber: las ideas de los derechos individuales, la libertad, la igualdad y la fraternidad universal. Sus defensores proclamaron la naturaleza antitética de la visión mundial del fascismo. Y, así, Mussolini decía: «Simbolizamos un nuevo principio en el mundo. simbolizamos la antítesis más pura. definitivamente categórica ante el mundo de todo lo que todavía hoy se mantiene gracias a los principios fundamentales que se establecieron en 1789»<sup>17</sup>. Goebbels, jefe de propaganda de Hitler, simbolizaba esta misma opinión en términos todavía más categóricos: «Desde ahora, hemos erradicado de la historia el año 1789.»

Tales declaraciones indican que el fascismo era esencialmente reaccionario, e incluso contrarrevolucionario, que buscaba recobrar nuevamente un pasado perdido y restablecer los valores que la Ilustración había erosionado. Pero el fascismo es como Jano, tratando de encontrar un equilibrio entre el peso de la tradición «romántica» y el atractivo de lo moderno. Los profetas y profesionales de la doctrina exaltaban la solidaridad colectiva que, en su opinión, había prevalecido en la Europa preindustrial, y bramaban contra el desorden social, que lo consideraban implícito al proceso de industrialización. Pero no eran en modo alguno neoludditas\*. El anverso del aspecto irracional, regresivo, del fascismo era la cara de la planificación, la eficacia y el progreso técnico. Este último, el aspecto gestor de la ideología, se ejemplifica tanto en el concepto del corporativismo, como en la horrenda y despiadada eficacia de las cámaras de gas.

Si bien su ideología trataba de ensalzar el carácter novedoso del fascismo, ninguno de los elementos que Mussolini, Hitler y sus mímos de todas partes configuraron en un todo, eran nuevos en sí mismos. El movimiento fascista de entreguerras habría heredado sus ideas

B. Mussolini, *Fascism: Doctrines and Institutions*, Roma, 1935, apéndice, p. 40.

\* Del líder King Ludd, o Ned Ludd (1811). Nombre que se dio a bandas organizadas de artesanos ingleses que destruían la maquinaria textil alegando que les quitaba sus puestos de trabajo (*Y de la 7*).

del clima de revuelta irracional que les había precedido en el pasado más inmediato, y que era moneda corriente en la Europa de fin de siglo, si bien se había desarrollado a lo largo del XIX. Todo lo cual también era verdad para el fascismo inglés, que pasamos a analizar.

## FASCISMO BRITÁNICO DE ENTREGUERRAS: EL BUF

Los orígenes de la ideología fascista fueron internacionales y, asimismo, podían localizarse dentro de una tradición europea perfectamente identificable. Ciertamente número de pensadores ingleses —Pearson y Houston Chamberlain, por ejemplo—, junto con las personas asociadas al «socialimperialismo», aportaron directa o indirectamente sus ideas a la doctrina que nacía. Si bien el racismo de Houston Chamberlain traicionaba cierta afinidad con el pensamiento fascista, o la autarquía de Joseph Chamberlain ejerció alguna influencia sobre el mismo, el desarrollo de la doctrina en Gran Bretaña está más estrechamente asociada a Oswald Mosley.

Mosley fundó la Unión Británica de Fascistas (BUF) en 1932, después de haber sido en un principio conservador, conservador independiente, independiente y miembro del Parlamento por los laboristas. Su tránsito desde el Partido Laborista —del que fue expulsado en 1931— al fascismo pasó por la vía del Nuevo Partido, un grupo con base parlamentaria, de corta vida, que Mosley lanzó en 1931 para promover sus políticas económicas cada vez más proteccionistas.

Durante estas primeras fases partidistas, Mosley desarrolló su calco del corporativismo y la economía autosuficiente, que se convertirían en el sostén central de la plataforma del BUF. Al igual que Mussolini, Mosley perseguía la colaboración clasista buscando una renovación de la economía británica, si bien —lo mismo que sus anteriores duplicados, tanto en la Italia fascista como en la Alemania nazi— las ideas económicas de Mosley estaban vacías de una dimensión socialista.

Para Mosley, el fascismo anunciaba el nacimiento de una nueva era. A su regreso de Italia, en 1932, poco antes de formarse la Unión Británica de Fascistas, declaraba: «Italia no sólo ha producido un nuevo sistema de gobierno, sino un nuevo tipo de hombre que difiere de los políticos del mundo viejo como si fueran hombres de un planeta distinto»<sup>18</sup>. Presentaba el fascismo como un movimiento activista juvenil que ensalzaba el impacto de lo nuevo, aunque poco había en su pensamiento que fuera original. Mosley se limitó a combinar los elementos del fascismo bajo una apariencia que él pensaba que sería más aceptable para el «carácter británico».

<sup>18</sup> Citado en Walker, p. 23.

## RACISMO

Pocas pruebas hay que indiquen que Mosley formuló una «teoría» elaborada sobre el racismo biológico. Ahora bien, es indiscutible que daba por sentado la propaganda antisemítica, que se hizo más virulenta una vez que decreció la repercusión inicial del BUF.

Aunque al principio Mosley negó que su movimiento albergara creencias antisemíticas, incluso durante estas primeras fases hizo un número de declaraciones que, cuando menos, eran equívocas. Así: «tenemos dentro de la nación un poder, controlado mayoritariamente por elementos extranjeros, que se arroga a sí mismo un mandato superior al del Estado, y que ha utilizado su influencia para dirigir a gobiernos débiles, de todos los partidos, por la ancha vía del desastre nacional»<sup>19</sup>. En 1933, aun asegurando que el antisemitismo había sido el «mayor error» de Hitler, vetaba la pertenencia de los judíos al BUF. En ese mismo año, William Joyce, uno de sus lugartenientes —que posteriormente alcanzaría notoriedad, durante la guerra, cuando se le conocía por «lord Haw»—, escribía en *Blackshirt*, el periódico del BUF: «el tipo inferior de extranjero judío, junto con otros extraños que están envileciendo la vida de la nación, se erradicaría del país el doble de rápido bajo el fascismo».

Progresivamente Mosley trató de presentar a los judíos como «un Estado dentro del Estado», de carácter subversivo, aseverando que el «poder organizado del judaísmo en su condición de interés racial» estaba tratando de empujar a Gran Bretaña a una guerra con la Alemania nazi. Si bien Mosley solía codificar su antisemitismo utilizando frases como «el poder del dinero» o «las finanzas internacionales», al descifrar dichos términos quería significar la comunidad judía, que, en su anihilada visión, adoptaba la categoría de chivo expiatorio de todos los males de Gran Bretaña. Las «viejas camarillas», que habían ocupado el centro de su atención en las primeras invectivas contra las ortodoxias políticas y económicas establecidas, se consideraban ahora como agentes y marionetas de la controvertida conspiración judaica: «¿Cómo pueden unos pocos judíos dominar hasta tal punto la vida de esta nación con el poder de su dinero, si no es por el consentimiento y la connivencia de los partidos políticos?»<sup>20</sup>. Según decía Mosley, los partidos tradicionales habían vendido la primogenitura británica por un plato de lentejas judío. Sólo el BUF podría remontar y soportar el reto contra las «influencias extrañas».

El antisemitismo se fue agudizando cada vez más desde mediados de los años treinta. Su «solución final» al «problema judío» era la creación

<sup>19</sup> Citado en N. Nugent, «The ideas of the British Union of Fascists», en N. Nugent y R. King (eds.), *The British Right*, Farnborough, 1977, p. 149.

<sup>20</sup> O. Mosley, *Blackshirt*, 3 de octubre de 1936.

de una patria judía artificial, «en alguna de las muchas regiones desoladas del mundo», donde pudieran crear su propia nación y «dejar de ser parásitos de la humanidad»<sup>21</sup>. Anteriormente, Mosley había abogado por el cese de toda inmigración, así como la deportación de los judíos culpables de «conducta antibritánica»; los demás podrían quedarse pero como ciudadanos de segunda clase, sin derecho a la ciudadanía británica. Si bien la engañosa teoría del «arianismo» no se plasmaba en el pensamiento de Mosley, la creciente preeminencia del antisemitismo en las ideas del BUF, junto al hecho de que en 1936 dio un giro para aliarse a Hitler, indicaba que la perspectiva de adoptar la «solución final» preferida de los nazis — el genocidio masivo — quizás no se habna desechado si un régimen fascista hubiera asumido el poder en Gran Bretaña.

## EL ESTADO CORPORATIVO

Los temas del *estatismo*, del *socialismo nacionalista* y del *imperialismo* se fundieron en el pensamiento de Mosley al propagar la idea del *Estado corporativo* que desarrolló desde sus primeros escritos, así como el modelo de fascismo italiano. El argumento básico de Mosley, en 1932, era que Gran Bretaña afrontaba una crisis económica que se caracterizaba por el bajo consumo, la caída de las inversiones, y la pobre utilización de los recursos, todo lo cual desembocaba en un desempleo masivo. Estos eran los síntomas de la crisis, pero sus causas eran las «viejas camarillas» supeditadas a las «finanzas internacionales», que en casa practicaban el *laissez-faire* y en el exterior el libre comercio; todo ello, según él aducía, dejaba a Gran Bretaña vulnerable y a merced de cualquier contingencia en una época en que la norma internacional venía siendo, y a pasos agigantados, el proteccionismo.

En *La Inglaterra Imperial* (1932; 2.<sup>a</sup> ed., 1934), Mosley aseguraba que para combatir la crisis era necesario conciliar «el pensamiento revolucionario de la ciencia con nuestro propio sistema de gobierno», y armonizar «la iniciativa individual con los intereses generales de la nación». Recomendaba, pues, la modernización o, como él prefería denominarla, la «racionalización» del Estado británico, a fin de superar el problema del bajo consumo, adoptando el modelo de Estado corporativo: «lo cual significa una nación organizada como el cuerpo humano, donde cada órgano realiza sus funciones propias, pero actuando en armonía con el todo»<sup>22</sup>.

Como otros líderes fascistas que en una primera fase abrazaron el socialismo, Mosley se alineó con la forma de fascismo que se pretendía «modernista» y que aseguraba actualizar al socialismo. Mosley re-

<sup>21</sup> Citado en Skidelsky, p. 390.

<sup>22</sup> O. Mosley, *Blackshirt Policy*, London, s. f., p. 25.

chazaba tanto la defensa de los intereses clasistas, que los socialistas reivindicaban, cuanto los intereses particulares que ensalzaban los liberales. Por encima de los intereses sectoriales e individuales, él situaba el interés nacional.

Ahora bien, la afirmación de que el fascismo ofrecía una «tercera vía» entre el socialismo y el capitalismo era engañosa. El esquema corporativo de Mosley ponía el acento en el orden, la autoridad y la disciplina en aras de una economía capitalista dirigida y planificada con rigor. Todas las organizaciones autónomas, sindicatos, agrupaciones de empresarios, serían rigurosamente limitadas; se prohibirían las huelgas y el cierre de empresas, y se obviarían los partidos políticos:

La lucha partidista llegará a su término mediante un Parlamento técnico y en modo alguno político, que se ocupará no del juego obstruccionista que practican los partidos, sino del interés nacional en la construcción [...]. No habrá sitio en Gran Bretaña para aquellos que no acepten el principio «todos para el Estado y el Estado para todo».

El Estado corporativo de Mosley estaría altamente centralizado; una estructura jerárquica de la gestión económica en la que productores, consumidores y empresarios estarían obligados a cumplir con el «objetivo nacional». Continuarían, sin embargo, la empresa y la propiedad privadas, para ser posteriormente parceladas entre aquellos que tuvieran capacidad para crear «una fuente de empleo socialmente útil» que hiciera progresar el interés nacional.

Mientras que el Estado corporativo se presentaba como el medio para reestructurar la economía nacional, se abogaba por el «aislamiento» en lo que se refería al mundo exterior. En este punto se percibe con toda nitidez la resonancia del socialimperialismo. La meta económica suprema de Mosley era la autosuficiencia, y para lograrla proponía: prohibición de importar cualquier mercancía que pudiera producirse en Gran Bretaña; mejorar la productividad de la agricultura nacional; utilizar los dominios y las colonias de la Corona, tanto para proveer de alimentos a Gran Bretaña, como para que sirvieran de mercados para los productos británicos. Así pues, su gran concepción autárquica era un imperio compacto fundado sobre un Estado corporativo británico. Se negaría la independencia a las colonias, debido a que podrían llegar a ser vulnerables a la explotación extranjera, aunque lo cierto es que en dicha ecuación también participaba un argumento de clara inspiración racial: Mosley consideraba que las «razas» coloniales no estaban dotadas para hacer funcionar el desarrollo económico.

#### ELITISMO Y LIDERAZGO

El análisis económico —claramente orientado en el sentido de la crisis— que Mosley hacía de los problemas económicos a los que

Gran Bretaña debía enfrentarse, su convicción de que las «viejas camarillas» carecían del propósito y de la capacidad para impedir el inminente colapso, junto a su creencia de que el parlamento era arcaico e ineficaz, le condujeron, inevitablemente, a proclamar las virtudes del autoritarismo político.

El Estado corporativo garantizaría el orden y la eficacia a través de una estructura de poder rigurosamente jerarquizada y capitaneada por líderes inflexibles. En la primera edición de *La Inglaterra Imperial* (1932), Mosley parecía partidario de una jefatura colectiva para el fascismo en Gran Bretaña, pensando que ello estaba más en consonancia con el «carácter británico». Sin embargo, al cabo de dos años sus preferencias habían cambiado:

Dentro del fascismo, el liderazgo debe estar en manos de una sola persona o de un equipo, pero no cabe duda de que, en la práctica, el líder único ha demostrado ser el instrumento más eficaz. Dicho líder ha de estar preparado para asumir sobre sus espaldas la responsabilidad absoluta de las funciones que se le hayan encomendado.

Esta idea de la jefatura centralizada e individual estaba configurada de acuerdo con el *Führerprinzip* del Partido Nazi. Lo cierto es que Mosley se decantaba cada vez más hacia la lealtad a Hitler. Por ejemplo, en 1936, cambió la denominación de su movimiento por la de «Unión Británica de Fascistas y Nacionalsocialistas», a la vez que, durante ese mismo año, las publicaciones del BUF repetían con frecuencia que «los principios del nacionalsocialismo eran necesarios para la solución de Gran Bretaña».

El énfasis que Mosley ponía en la disciplina, el orden y la autoridad, su insistencia en la juventud y en la acción, además de su prontitud a hacer uso de la violencia física empleada por sus «mayordomos», los *camisas negras*, contra aquellos que interpelaban en sus mítines, convencieron a sus críticos contemporáneos de que estaba dispuesto a emplear la fuerza para llegar al poder. A pesar de la negativa de Mosley ante semejante acusación, su declaración hecha en 1933 de que «por uno u otro camino estamos determinados a implantar el fascismo en Gran Bretaña», dejaba un amplio margen para una duda razonable. Su creencia obsesiva de que el empeoramiento de la crisis económica conduciría inexorablemente a una abierta confrontación entre fascistas y comunistas, a menos que él llegara al poder, implicaba asimismo su disposición a utilizar la fuerza para asegurarse su posición. Evitar tal cúmulo de catástrofes significaba que el pueblo aceptaba voluntariamente el fascismo.

Las sospechas relativas a las ambiciones dictatoriales de Mosley nacían también del hecho de su reiterada descripción del parlamento como una asamblea anticuada, de ineficaces comités que «no resolvían nada». Aunque sus propuestas iban en el sentido de mantener el

parlamento, las reformas que proyectaba introducir lo hubieran reducido a un mero envoltorio. Durante el primer parlamento fascista, el gobierno sería investido con el poder de imponer por decreto el Estado corporativo, dejando de esta forma libre al poder ejecutivo de un control e intervención parlamentarios más detallados. Si bien, en esta fase el parlamento tendría derecho a revocar al gobierno mediante un voto de censura, dicho derecho le sería negado en el siguiente parlamento. Asimismo, se modificaría el derecho a votar, pasando de ser de base geográfica a base ocupacional, y, además, el papel del parlamento sería meramente de asesoramiento. La Cámara de los Lores sería reemplazada por una segunda Cámara, totalmente nueva, en la que el criterio para pertenecer a ella sería la pericia técnica y gestora: se instalaría en ella una elite meritocrática que asistiría a los representantes funcionariales de los Comunes, asesorándoles sobre la instrumentalización del Estado «racionalizado».

Como complemento al electorado ocupacional, Mosley proponía un factor de populismo masivo bajo la forma de plebiscitos periódicos en los que el pueblo votaría a favor o en contra del régimen fascista. En caso de que el gobierno fuera derrotado, el monarca convocaría a nuevos ministros para constituir una nueva administración. Ahora bien, es difícil imaginar de qué manera podría formarse un gobierno que no saliera de las filas fascistas, dado que el propósito de Mosley era prescindir del sistema de partidos.

En un sistema de esta naturaleza no hay lugar para los partidos ni para los políticos. Pediremos al pueblo un mandato para poner fin a los partidos y al sistema de partidos. Les invitaremos a formar parte de una nueva civilización. Los partidos y el juego de partidos pertenecen a la decrepita civilización, ya fracasada<sup>21</sup>.

Tales cambios iban dirigidos a propiciar un régimen fascista bajo su dirección personal, que le permitiera un amplio margen para imponer el Estado corporativo, en cuyo seno quedarían abolidas todas las manifestaciones de diversidad, sectoriales y particularistas. A este respecto, las aspiraciones de Mosley eran totalmente coherentes con los regímenes fascistas de Italia y Alemania.

El fascismo no sólo se aplicaba a introducir cambios en el sistema político y económico, sino que también inauguraba una nueva era espiritual: «se trata —según peroraba Mosley— de algo perteneciente al espíritu [...], la aceptación de los nuevos valores de una nueva moralidad de acuerdo con una concepción más alta y más noble del universo». El «nuevo hombre» del fascismo estaría imbuido de valores

heroicos, puestos al servicio de crear «una nueva civilización», y se subordinaría a los intereses de la totalidad en su persecución del «objetivo nacional». Esta aspiración de fundir al individuo con la «voluntad colectiva» indicaba el apasionamiento de Mosley por la visión orgánica de la sociedad que tanto Hitler como Mussolini suscribían.

De modo que, aunque las tendencias de estatismo, imperialismo, autarquía, liderazgo, nacionalsocialismo y la mezquina **recurrencia** al antisemitismo, a falta de una teoría racial plenamente formulada, estaban perfectamente evidenciadas en el pensamiento de Mosley. La peculiaridad de su doctrina fascista, al igual que la de Mussolini, trataba de recalcar su «supuesta» modernidad, mientras que el nazismo abrazaba sobre todo la creencia atávica de la superioridad racial.

## EL FASCISMO BRITÁNICO DE HOY EL FRENTE NACIONAL

La tentativa de Mosley de relanzar el movimiento fascista después de la guerra resultó ser un fracaso ignominioso. Sin embargo, hubo más grupos en dicho período dispuestos a promover las ideas fascistas, de los cuales tal vez el más importante sea el Frente Nacional (NF, en sus siglas inglesas). A partir de su creación en 1967, la ideología del NF ha permanecido sustancialmente invariable: una ideología que se asocia de forma patente con lo que el NF continúa resaltando como «la cuestión inmigratoria», en un intento por elaborar un estereotipo demoníaco-popular a cargo de los británicos negros, tratando de causar el pánico moral en la población blanca «nativa». Ahora bien, se trata sólo de una capa exterior que, al quitarla, pone de manifiesto un conjunto de ideas que, combinadas, configuran una concepción fascista perfectamente coherente.

La interpretación que el NF asigna el «tema de la inmigración» y sus empeños por hacer de los británicos negros el chivo expiatorio de una serie de problemas sociales de la nación —viviendas inadecuadas, crimen, desempleo, incluso enfermedades— recuerdan los intentos de Mosley de avivar los prejuicios antisemitas para obtener votos. Pero, mientras que en Mosley la cuestión racista parece discutible, en el caso del FN no cabe la menor duda: se trata de un partido abiertamente racista, descendiente directo del nacionalsocialismo de Hitler.

Entre los líderes actuales del FN y los inmediatamente anteriores, hay individuos que han pertenecido explícitamente a grupos neofascistas. Por ejemplo, John Tyndall, ex líder del NF, fue miembro fundador, en 1961, de la Unión Mundial de Nacionalsocialistas (WUNS), que reconocía el «liderazgo del espíritu de Hitler». Unos años más tarde, y junto con Martin Webster, que fuera organizador de actividades nacionales en el NF, entraron a formar parte del Movimiento Nacional Socialista (NSM). En un artículo que apareció bajo el título «Por qué

soy nazi» en el periódico del NSM, Webster ratificaba la «integridad de la ideología nazi» y exhortaba a los nacionalistas a «unirse a un movimiento que, ideológicamente y, en un futuro, también físicamente, podría aplastar al Frente Rojo y al Judaísmo»<sup>24</sup>.

Tyndall y Webster cofundaron más tarde el Movimiento del Imperio Británico (GBM) que en 1967 se fundió con el NF. Entre otras cosas, el GBM abogaba por: leyes raciales para prohibir los matrimonios mixtos entre británicos y no-arios, al objeto de «proteger la sangre británica», además de la esterilización obligatoria de los que se considerara mental o físicamente deficientes, a fin de asegurarse de que el futuro de Gran Bretaña — «una raza pura, fuerte y saludable» — quedara garantizado. (En *Mi lucha*, Hitler afirmaba que «el Estado *volksisch* [...] debe situar a la raza en el centro de toda la existencia. Ha de cuidar de mantenerla pura [...]. Debe declarar ineptos para la procreación a todos los que tengan alguna tara física o mental.»)

El apoyo del NF al racismo biológico ha sido un rasgo permanente durante toda su existencia. En su forma más manifiesta iba dirigido contra el británico negro. Ahora bien, el intento de agitar los prejuicios populistas contra la comunidad negra no estaba motivado primordialmente por su aparente interés en cuestiones sociales, como la vivienda y la delincuencia; antes bien, se inspiraba en un miedo patológico frente al mestizaje. Así, Richard Verrall, director del periódico del NF, *Spearhead*, decía lo siguiente (octubre de 1976):

El mayor peligro al que este país se haya enfrentado hasta ahora es el de haber importado millones de seres extraños que pertenecen a razas primitivas y atrasadas, y cuya mezcla a gran escala con los autóctonos anglosajones no sólo acabaría con todo lo británico, como entidad única, única y diferenciada, sino que produciría una casta inferior, mestiza y regresiva, además de una cultura degenerada. propia de la sordidez tropical.

(Hitler expresó estas mismas opiniones con estas palabras: «cada vez que se produce una mezcla de la sangre aria con pueblos inferiores, el resultado es el aniquilamiento del pueblo cultural [...] De suerte que la consecuencia del cruce entre razas es como sigue: descenso de nivel en la raza superior debido a la regresión física e intelectual y, por tanto, el comienzo de una lenta pero progresiva y segura patología [...]. Al mezclamos una y otra vez con dichas razas, rebajaremos de forma irreversible nuestro alto nivel cultural».)

Si bien no está tan claramente asociado con el «problema de la inmigración» y su defensa. entre otras cosas, de la repatriación obligatoria de los británicos negros, el NF abraza y promueve, aunque menos abiertamente, un antisemitismo de inspiración racial, lo que se manifiesta cuando proclama su idea de «una conspiración a escala mundial

<sup>24</sup> Citado en Walker, p. 45.

para destruir a las naciones como Estados soberanos e instalar en su lugar un Gobierno **Mundial**»<sup>25</sup>. Como ya hiciera el BUF en sus fases iniciales, el NF suele codificar su antisemitismo utilizando tímidos eufemismos, como «cosmopolita», «extranjero», «internacional» o, con menor discreción, «sionista». Cualquiera que sea la terminología, el mensaje es siempre el mismo: hay una conspiración cuya meta es destruir a las «naciones blancas» e imponer una «tiranía mundial» con base en Israel.

Según el NF, el logro de esta meta se persigue por diversos medios. La práctica del «poder del dinero» mediante las maquinaciones de la «financiación» o los «empréstitos» concebida para erosionar la independencia económica británica; la extensión del marxismo, que propaga el internacionalismo y, por tanto, socava el «designio nacional»; y la «invasión» de Gran Bretaña por los inmigrantes negros, que «ensuciarán» la raza británica y, consecuentemente, debilitarán su «voluntad» de resistir la inexorable trayectoria hacia la «tiranía mundial».

De suerte que, al igual que Hitler, la panorámica del NF gira en torno a un solo eje: todas las complejidades de la política se reducen a una «intriga sionista» que despliega su «evidente poder del dinero» tanto para hacer que la economía británica dependa de los «empréstitos», como para financiar el comunismo que a su vez promueve el internacionalismo. Richard Verrall (*Spearhead*, diciembre-enero de 1976) al referirse a la naturaleza del «principal enemigo» de Gran Bretaña, definía a los conspiradores en estos términos:

1) Las finanzas internacionales, parásitos que se nutren de las naciones y del capitalismo industrial de la libre empresa, mediante el proceso de originar el endeudamiento, y cuya composición es mayoritariamente sionista, como lo son también sus metas globales.

2) El marxismo, una conspiración que fomenta el sionismo.

A. K. Chesterton, primer presidente del NF, fue menos sutil en *Los nuevos señores infelices* (1972):

¿Son judíos estos maestros de la manipulación y la conspiración? Dado el poder del tesoro que es capaz de controlar el crédito, y el predominio de la participación norteamericana en las industrias y en las empresas comerciales más potentes, y dado su dominio sobre el comercio y la economía del llamado «mundo libre», la respuesta no puede ser otra que «sí».

(Hitler fue mucho más sucinto. Identificó al «enemigo número uno» como «la presión de la Bolsa de valores judeo-marxista».) De suerte que, a un determinado nivel el NF trataba de buscar apoyo para

<sup>25</sup> *Spearhead*, marzo de 1977.

su política de estigmatizar o imputar al británico negro el haber agravado, supuestamente, un cúmulo de problemas sociales, para conseguir el apoyo a favor de su política de repatriación forzosa; en un plano distinto, más esotérico, pretende subrayar las «maquinaciones del capital financiero internacional» como la causa fundamental del declive económico y político de Gran Bretaña.

Para combatir los «estribillos» del mestizaje y el internacionalismo, el NF aboga por el exclusivismo económico y racial. Además de la repatriación obligatoria de los británicos negros, alienta las políticas concebidas para promover la fecundidad de los británicos blancos; la restricción severísima de la posibilidad del aborto y la contracepción, y la dedicación de las mujeres a su «papel femenino de esposa, madre y ama de casa»: ¡descalza y preñada en la cocina fascista! (Hitler había declarado que «la meta de la educación de la mujer no podía ser otra que la de futura madre», y que el matrimonio tenía que «elevarse desde el nivel de la continuada profanación de la raza y consagrarse [...] a producir imágenes del Señor y no monstruosidades a medio camino entre el hombre y el mono». En la Alemania nazi el eslogan para la mujer fue *Kinder, Küche, Kirche*: «hijos, cocina, iglesia».)

En el frente económico el NF aboga por políticas que son eco de la autarquía de Mosley: defensa de la economía nacional frente a las «importaciones extranjeras baratas»; expansión de la agricultura del país; retirada de la Comunidad Europea; formación de un bloque económico que abarque a Sudáfrica y la Commonwealth blanca, y dirección estatal de la inversión de capitales.

Aunque el NF intenta presentarse como una «tercera fuerza dinámica» entre el capitalismo y el socialismo, sus políticas económicas, al igual que las de sus predecesores, equivalen a una receta para el capitalismo en un país orientado hacia la meta de la autosuficiencia. Y, mientras que trata de atribuir a los «empréstitos capitalistas» la causa de la defunción británica, promueve activamente un «capitalismo de libre empresa» como medio para la salvación nacional, si bien dentro de un marco de valores concebidos para restablecer el «designio nacional». Asimismo, y en bien del interés nacional, se restringirían todas las fuerzas e intereses desintegradores, de forma que serían sojuzgadas todas las ideas basadas en el individualismo o en modalidades de solidaridad social que no tengan un fundamento nacional interpretado racialmente.

Se garantizaría la unidad nacional, *inter alia*, mediante la «educación para el patriotismo»). Además, habría que modificar los programas educativos, a fin de excluir las materias que se dediquen a estudiar aspectos problemáticos (la sociología es el objetivo preferido) que estimulan una perspectiva crítica y que lógicamente amenazan la

cohesión nacional. John Tyndall, en *Spearhead* (1977), expresa así los valores preferidos por este tipo de sociedad:

Hemos de emprender una revolución de la; ideas dentro del pueblo británico que conduzca al abandono de la **blandenguería liberal** y a recuperar el Orgullo Nacional, la Fuerza de Voluntad, el sentido del Destino y la Conciencia de Raza.

(Hitler afirmaba que la meta de «toda la función educativa en el Estado **volkisch** era inflamar el sentido y el sentimiento raciales dentro del instinto y el intelecto, el corazón y el cerebro de la juventud entregada a ello [...]; promocionar el poder de la voluntad, la **determinación** y el cultivo del goce de la responsabilidad son de **primerísima** importancia», si bien «la producción de cuerpos absolutamente sanos» era la tarea primordial.)

Las ideas del NF sobre el liderazgo recuerdan a las de Mosley. Un folleto que escribió Tyndall en 1966 —«Seis principios del nacionalismo británico»— se consideró de lectura obligada para los militantes del FN hasta que Tyndall abandonó el movimiento en 1980. En dicho escrito, aunque aparentemente él decía ser partidario de llegar al poder con la aprobación del pueblo británico, no se oponía a la subsiguiente imposición de una dictadura. De modo que «la firmeza y la fuerza pueden ejercerse más fácilmente en una dictadura; en una democracia el carácter de la británica, se precisa de un liderazgo al más alto nivel. La práctica usual sena la persuasión y no la **represión**»<sup>26</sup>.

Aunque la jefatura del NF declara su compromiso con la democracia parlamentaria, fomenta todas aquellas tendencias que, combinadas, producen un planteamiento fascista claramente reconocible. Más aún, se trata de un planteamiento inclinado hacia la variante nazi de la ideología. Sus llamamientos, de evidente motivación racista, son inequívocamente representativos de la tradición fascista irracional que Joachim Fest percibe así: «Fundamentalmente, el nacionalsocialismo representa un menosprecio por el intelecto, organizado **políticamente**»<sup>27</sup>.

## FASCISMO Y TOTALITARISMO

Tras haber intentado esclarecer la naturaleza de la doctrina fascista centrándonos en sus ideas más destacadas, a modo de conclusión debemos advertir sobre otras aproximaciones al fascismo. Una de estas aproximaciones trata de analizar hasta qué punto fue revolucionario o

<sup>26</sup> Citado en Walker, p. 78.

<sup>27</sup> J. Fest. *The Face of the Third Reich*, Munich, 1963.

contrarrevolucionario". Otra sugiere una clara diferencia entre revoluciones «buenas» —las experiencias norteamericana, francesa y soviética pueden citarse como ejemplo— y revoluciones «malas», es decir, la Italia fascista y la Alemania nazi<sup>29</sup>. Una tercera alternativa, tal vez la más conocida, consiste en tratar al fascismo como un sistema de gobierno, esto es, como un régimen totalitario.

El término «totalitario» parece haberse acuñado en Italia, donde Mussolini lo utilizó profusamente en un sentido elogioso para definir el Estado fascista". Ahora bien, los profesionales del fascismo no tienen el monopolio de su uso. El totalitarismo está bien representado en la literatura sobre el fascismo y se utiliza no sólo como instrumento analítico, sino como una crítica implícita, o más bien explícita, de los medios empleados por dichos regímenes para garantizar el orden político. Una representación acreditada del gobierno totalitario es el «síndrome de seis puntos» que formularon Friedrich y Brzezinski en *Dictadura totalitaria y autocracia* (1966). En su opinión, dichos regímenes se caracterizaban por: una ideología oficial, monolítica; un partido único, dirigido típicamente por una sola persona; confianza en el terror organizado; y monopolio estatal de los medios de comunicación social, el armamento y la economía. Allí donde se aplica cabalmente una configuración de este tipo, el sistema de gobierno es, por definición, totalitario.

Este síndrome, arguyen Friedrich y Brzezinski, era común a los regímenes de Mussolini y Hitler. Asimismo, se impuso con idéntico rigor en la Rusia de Stalin y en los sistemas comunistas del este de Europa. El estudio de los métodos de gobierno existentes facultaba a dichos autores a equiparar regímenes que se fundamentaban en creencias totalmente opuestas: el fascismo y el comunismo. Ambos se destacaron por ser represivos, doctrinarios, y no permitir ninguna distinción entre los dominios público y privado de la existencia humana. Por el contrario, los sistemas liberal-capitalistas son, por inferencia, libres, democráticos, tolerantes, limitados y pragmáticos. Las personas que tienen la desgracia de residir en sistemas totalitarios viven en la oscuridad; los que habitan en sistemas liberal-capitalistas viven en la luz. «Ellos» tienen doctrinas rígidas; «nosotros» estamos dotados con las creencias del sentido común.

Utilizado en este sentido, el totalitarismo no es tanto una herramienta analítica como un instrumento directo esgrimido por aquellos

<sup>28</sup> F. I. Carsten. «Interpretations of fascism», en Laqueur (ed.), pp. 457-487; E. Weber, «Revolution? Counter-Revolution? What revolution?», en Laqueur (ed.) pp. 488-531.

<sup>29</sup> G. Mosse. «Towards a general theory of fascism», en G. Mosse (ed.), *International Fascism*. London, 1979, pp. 1-41.

<sup>30</sup> Para una breve historia del concepto, véase L. Schapiro. *Totalitarianism*, London, 1972.

que están empeñados en una lucha ideológica con las «fuerzas de la oscuridad» que representan tanto el fascismo como el comunismo. El estudio sobre la práctica del nazismo, el fascismo y el estalinismo —contemplado este último como producto inevitable del marxismo— permite desechar las creencias que subyacen en el fascismo y en el comunismo, a pesar del hecho de ser mutuamente excluyentes. Además, comenta por encima las variaciones nacionales de cada doctrina y deja sin verificar la distinción cualitativa entre dichos regímenes y sus rivales liberal-capitalistas.

Estas observaciones suscitan preguntas fundamentales sobre la utilidad del concepto del totalitarismo. Cuando es preciso utilizarlo debe hacerse con cautela, porque su uso excesivo —y, en manos de algunos, su abuso desenfadado— le ha despojado de todo, menos de su valor polémico<sup>31</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

Esta guía no es exhaustiva, ni mucho menos, sino que se centra en los textos que me han parecido particularmente útiles, en especial con relación a los orígenes de la doctrina fascista. Entre ellos, «Fascist ideology», de Z. Sternhell, en W. Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide*, Penguin, Harmondsworth, 1979, que ha proporcionado buena parte de las ideas para este capítulo. *The Persistence of the Old Regime*, debido a A. Mayer, Croom Helm, London, 1981 [ed. esp., *La persistencia del antiguo régimen*, 2ª ed., Alianza, Madrid, 1986], sigue un camino similar y es especialmente útil en lo referente al socialdarwinismo. *The German Dictatorship*, de K. D. Bracher, Penguin, Harmondsworth, 1973 [ed. esp., *La dictadura alemana*, 2 vols., Alianza, Madrid, 1974]; *Crisis of German ideology*, de G. Mosse, Grosset and Dunlap, New York, 1964, y *Varieties of Fascism*, de E. Weber, Van Nostrand Reinhold, New York, 1964, fueron de una ayuda inapreciable para planificar un curso sobre los antecedentes intelectuales europeos del fascismo, especialmente en su modalidad alemana. Sobre el fascismo italiano y sus raíces, véase el ensayo de A. Littleton «Italian fascism», en Laqueur (ed.); *The Syndicalist Tradition and Italian Fascism*, de D. Roberts, Manchester University Press, Manchester, 1979, e *Italian Fascism and Developmental Dictatorship*, de A. J. Gregor, Princeton University Press, Princeton, 1979. *Fascism*, de P. Hayes, George Allen and Unwin, London, 1973, se recomienda a aquellos que deseen conocer el papel que los pensadores británicos desempeñaron en el desarrollo de la ideología fascista.

Las distintas modalidades de fascismo en la práctica se comprenden en dos obras editadas por S. J. Woolf: *European Fascism*, Weidenfeld and Nicolson, London, 1968, y *The Nature of Fascism*, Weidenfeld and Nicolson, London, 1968. En la misma línea, véase *International Fascism*, Sage, London, 1979, editado por G. Mosse. Un texto más

<sup>31</sup> Para un análisis crítico del concepto, véase el ensayo de B. Barber en *Totalitarianism in Perspective: Three Views*, London, 1969. C. J. Friedrich, M. Curtis y B. Barber. También es útil el capítulo de B. Goodwin en su *Using Political Ideas*, London, 1982 [ed. esp., *Uso de las ideas políticas*, Eds. 62, Barcelona, 1988].



difícil, pero magistral, que compara el fascismo en Alemania, Italia y Francia es *Three Faces of Fascism*, de E. Nolte. Mentor. New York. 1969.

Sobre el fascismo hitleriano. *Oswald Mosley*, Macmillan. London, 1975, su biografía más importante y controvertida, debida a Robert Skidelsky, sigue paso a paso la evolución política del líder del BUF de una forma clara. Otros dos libros que encontré de utilidad real para analizar la ideología del BUF fueron: N. Nugent y R. King (eds.), *The British Right*, Saxon House. Famborough, 1977. y R. Benwick, *The Fascist Movement in Britain*, Allen Lane, London. 1972. G. Lebzelter. *Political Anti-Semitism in England: 1919-1939*, Macmillan. London, 1978, y K. Lunn y R. C. Thurlow (eds.), *British Fascism*, Croom Helm, London, 1980, ofrece un material muy útil sobre el fascismo —anterior y posterior a la guerra— en Gran Bretaña. Los textos sobre el Frente Nacional van en aumento. Empiezan con la interesante obra de M. Walker, *The National Front*, Fontana, London. 1977. que rastrea la prehistoria, la formación y subsiguiente desarrollo de este partido neofascista. Un análisis más aperturista de la ideología del FN se puede encontrar en el capítulo de King, en Nugent y King, y en el capítulo de Nugent en Lunn y Thurlow. Un texto más reciente es el de S. Taylos, *The National Front in British Politics*, Macmillan, London, 1982.

Acerca del concepto de totalitarismo, encontramos una exposición clásica en C. J. Friedrich y Z. Brzezinski. *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*. Praeger, New York, 1963. Un análisis muy cuidadoso y revisado, que incluye un repaso de los ataques al concepto, es el de L. Schapiro, *Totalitarianism in Perspective: Three Views*, Praeger, New York, 1969. También se recomienda el importante capítulo en *Using Political Ideas* de B. Goodwin, Wiley, London, 1982, que ofrece una valoración comedida de las críticas que ha suscitado el totalitarismo.

Las fuentes originales se presentan por sí mismas. Se recomienda *Mein Kampf*, de Hitler, Hutchinson, London, 1969, con una introducción debida a D. C. Watt [ed. esp., *Mi lucha*, 4.ª ed., Huguin, Barcelona, 1983]. Véase, asimismo, *Hitler's Mein Kampf: An Analysis*, de W. Maser, Faber, London, 1970. La producción sobre Mussolini fue más extensa. Para los corazones aguerridos, la voluminosa *Opera Omnia*, Florencia, 1951, editada por G. Pini y E. Susmel. Otros trabajos más breves de Mussolini comprenden: *Fascism: Doctrine and Institutions*, Ardita, Rome, 1935, y *The Political and Social Doctrine of Fascism*, Leonard and V. Woolf, London, 1933. Un resumen respetable de la norma mussoliniana es el de A. Lyttleton, *Italian Fascism: From Pareto to Gentile*, Cape, London, 1973. Este último aparece en una serie que lleva por título «Roots of the Right», que ofrece ensayos sobre el fascismo, el racismo y la ideología elitista. Mussolini escribió también una aplastante y altisonante *My Autobiography*, Hutchinson, London, 1939. Las ideas de Mosley pueden seguirse en *The Greater Britain*, BUF, London, 1934, y en *Fascism: 100 Questions Asked and Answered*, London, 1936. Su autobiografía se titula *My Life*, Nelson, London, 1968 [ed. esp., *Mi vida*, Caralt, Barcelona, 1973]. Acerca de las ideas neofascistas en Gran Bretaña, véase A. K. Chesterton, *The New Unhappy Lords*, Candour, Hampshire, 1972.

## ÍNDICE DE NOMBRES Y CONCEPTOS POLÍTICOS

- ADAMS, John: 86.  
antisemitismo: 224-5, 237-8, 244-6  
ario (nación del pueblo): 225.  
arios: 226.  
ASQUITH, Herbert: 72-3.  
AUSTIN, John: 61.  
AVELING, Edward: 136-8.
- BALL, John: 123-4.  
BEBEL, August: 137.  
BEER, Max: 127.  
BENN, Tony: 26, 57, 87, 148-50.  
BENTHAM, Jeremy: 60-3, 66, 77, 80, 92, 99, 115, 161, 168-9, 178, 181.  
BERLIN, sir Isaiah: 72.  
BERNHARDI, F. von: 226.  
BERNSTEIN, Eduard: 122, 140-2, 143.  
BESANT, Annie: 139.  
BEVERIDGE, William: 15, 69-70, 73, 81, 87.  
BISMARCK, príncipe Otto von: 198.  
BLAKE, Ernst: 132.  
BLOCH, Ernst: 119.  
BRAINE, Bernard: 94.  
BRECHT, Bertolt: 123, 146.  
BRZEZINSKY, Z.: 248.  
BÜLOW, príncipe von: 198.  
BURKE, Edmund: 47-8, 49, 78, 86, 88, 99-100, 103-6, 113, 116, 161, 193.  
BUTLER, R. A.: 109-10.
- CALLAGHAM, James: 23, 25, 145.  
CARLOS I: 54, 131.  
CARPENTER, Edward: 137-8.  
cartismo: 48, 134.  
CASTRO, Fidel: 204.  
CAUTE, David: 135.  
COATS, A. W.: 145.  
COCKBURN, Claude: 146.  
COLERIDGE, S. T.: 92, 116.  
Comuna de París: 135.  
comunismo: 17, 140-1.  
comunista (Partido): 161.  
Comunista de Gran Bretaña (Partido): 142.  
CONNOLLY, James: 208.  
Conservador (Partido): 15, 16, 21, 23-25, 26-7, 51, 64, 71, 74, 84, 87, 88, 92, 97-100, 107, 110-13, 173, 174, 178, 214.  
conservadurismo: 23-4, 27-8, 35, 37, 41, 42, 51-2, 53, 66, 77-8, 83-117, 121, 173-4, 183, 192-3, 194, 198, 211-12.  
CRIPPS, sir Stafford: 148.  
CRONWELL, Oliver: 55.  
CROSLAND, Anthony: 16, 145, 148.
- CHAMBERLAIN, Houston Stewart: 225-6.  
CHAMBERLAIN, Joseph: 214, 230.  
CHAMBERS, R. W.: 127.  
CHESTERTON, A. K.: 245.  
CHURCHILL, lord Randolph: 173.
- DAHL, Robert: 176.  
DANIEL, J. F.: 212.  
DARWIN, Charles: 225, 227.  
DE MAISTRE, Joseph: 86.  
DE TRACY, Antoine Destutt: 31, 32, 45.  
DEAN, Paul: 109.  
democracia: 29, 48, 62-3, 122, 129, 133, 139, 141-2, 143, 145, 148, 149, 152, 155-86, 190, 192.  
dictadura del proletariado: 141, 143, 147-8.  
diggers: 131.  
DISRAELI, Benjamin: 27, 92, 116, 134, 173, 193.  
DONNE, John: 120.
- ELIOT, T. S.: 13.  
ENGELS, Friedrich: 30, 35, 120, 127, 134, 137, 199.  
ESCOTO, Duns: 124.  
eurocomunismo: 142.  
EVERARD, William: 131.
- fabianismo: 139, 144, 230.  
fascismo: 17, 20-1, 33, 147, 183, 219-50.  
FEST, Joachim: 247.  
FITCHE, Johann: 195, 222, 223, 229.  
FOOT, Michael: 45, 49.  
fourism: 135.  
FOX, Charles James: 49.  
FRANCE, Anatole: 119.  
Frente Nacional: 21, 243-7.  
FRIEDMAN, Milton: 111.  
FRIEDRICH, C. J.: 248.  
FROISSART, Jean: 126.